

REUNION DE LA O. T. A. N.

La conferencia del Consejo de la O. T. A. N., que periódicamente venía reuniéndose en la Palacio Chaillot de París, ha celebrado este año en Bonn su reunión de primavera, caracterizándose por una brevedad que ha superado a todas las anteriores; durante cuatro días se prolongaron las conversaciones del pasado diciembre; tres jornadas estaban previstas para las sesiones del último Consejo, pero no llegaron a emplearse; sólo dos fechas, 2 y 3 de mayo, han sido necesarias para concluir un comunicado del que, como de costumbre, no hay mucho que extraer; algunas afirmaciones y buenos propósitos, expresados más o menos literalmente, pero en resumen ninguna conclusión que pueda medirse en número o en decisiones inequívocas.

Muchos proyectos se llevaban a la conferencia; según la enumeración de Foster Dulles, al descender del avión que le llevó hasta Bonn eran cinco cuestiones fundamentales: el estudio de la potencia agresiva de la U. R. S. S., reunificación de Alemania, unidad económica de Occidente, organización de la defensa conjunta y control del poder destructor de las armas nucleares.

Dos cuestiones de matiz político y tres típicamente militares; programa muy ambicioso para tan corto espacio de tiempo, y sobre todo para decidir sobre asuntos bélicos sin ningún asesoramiento militar inmediato, porque tal vez el hecho más interesante en la organización de la última conferencia fué la ausencia de asesores militares entre las representaciones de los países miembros del Consejo Atlántico y que en lógica consecuencia limitaban el alcance de los acuerdos en materia de defensa, a las decisiones puramente políticas. Detalle que se apreció en el tono del comunicado, hecho público el día 3, después de la segunda y última reunión. En su texto, denuncia la conducta agresiva de Rusia y su política de intimidación; estima que la reunificación alemana es fundamental para la paz mundial, y reafirma sus propósitos de intensificar los esfuerzos para lograrla; terminando, respecto a la situación en Oriente Próximo "que los peligros contra la paz son todavía grandes, si

bien determinados factores nuevos hacen prometer una limitación en la expansión y subversión comunista”.

Propósitos muy loables, nada concretos; únicamente cabe destacar como algo más efectivo, la posición unánime en todos los reunidos, para no dejarse intimidar por las amenazas de la política de Moscú, que en los últimos meses ha sido la fórmula empleada por los soviéticos, visto el descrédito de sus viejas maniobras coexistentes.

En este sentido, todas las declaraciones y comunicados son tajantes, y lo mismo podría decirse respecto a la unificación alemana; unificación sí ante el peligro exterior soviético, pero que no alcanza la misma unanimidad en la solución de los precios mutuos entre los propios integrantes de la Organización Atlántica; porque de algunas de estas cuestiones quiso tratarse en la reunión pero sin resultado apreciable; así, en los asuntos de Chipre, el ministro griego Anastasio Averof ratificó la negativa de su país a la gestión mediadora de la N. A. T. O.

Realmente poco se podía resolver con carácter definitivo en estas cuestiones bélicas de la seguridad, porque la ausencia de asesores militares en Bonn no es causal, tenía su fundamento en el hecho de que, hasta el mes de agosto próximo, los técnicos profesionales de la Organización no habrán dictaminado su informe sobre las fórmulas más apropiadas de la nueva modalidad defensiva; así como la equilibrada proporción de medios contra las armas atómicas y convencionales.

En este concepto, dentro de las limitaciones en que la reunión de Bonn podía actuar, se aprecia un aspecto de indudable trascendencia en el comunicado “el objetivo soviético es sencillamente conseguir el monopolio de las armas nucleares, y la Alianza Atlántica debe estar en posición de usar todos los medios disponibles para combatir cualquier ataque que pueda ser lanzado contra ella”, y pendiente de la aceptación de algún acuerdo de desarme. Concluye, “ninguna potencia pueda alegar el derecho de negar a la Alianza Atlántica la posesión del armamento moderno necesario para su defensa”.

Nadie dudaba que llegado el caso los ejércitos de la N. A. T. O. harían uso de las armas nucleares, tácticas, pero hasta ahora no se había formulado claramente esta decisión que va dedicada a Rusia y deshace todos los equívocos y dudas, para hacerle comprender la trascendencia de una política que puede llevar a la tercera guerra mundial. El comunicado también alude expresamente a los estudios que se realizan sobre comparación entre armamentos clásicos y nucleares; pero afir-

mando la necesidad de mantener los ejércitos de Tierra, Mar y Aire para la protección del suelo de los EE. UU. En resumen, un ejército de acción ofensiva y otro ejército de seguridad en la defensa: la espada y el escudo a que últimamente se ha hecho hincapié como imprescindible en los esquemas defensivos.

Plantear esta cuestión es penetrar en la entraña del problema orgánico que constituye hoy el caballo de batalla en todos los planteamientos de la defensa occidental. Los ejércitos no pueden ignorar la realidad de la futura batalla atómica; pretender lo contrario sería suicida, y la variante más acusada, en la faceta nuclear de los comunicados de la última reunión en Bonn, comparándola con las anteriores, es que antes se había discutido la posibilidad de que Norteamérica cediera o no a sus aliados el conocimiento y utilización de las nuevas armas; ahora se invierten los términos, aquella confesión se estima un hecho, y son los supuestos receptores quienes pueden usar o renunciar al empleo de estos medios. Lord Ismay lo ha dicho bien claramente: "La negativa de cualquier nación a aceptar armas atómicas pondría en peligro toda la Alianza Atlántica. No obstante, cada una de las quince naciones tiene derecho a decidir por sí si desea o no armas nucleares".

Variación sustancial de la orgánica antigua, y que convierte en bizantinas todas las discusiones sobre la realidad del armamento en los futuros ejércitos, y preocupe enormemente al Kremlin, que trata por todos los medios de intimidar y evitar, no ya el rearme alemán que se juzga inevitable, sino la dotación atómica de estas fuerzas; a ello tienden las cartas del embajador soviético en Bonn, en las que en forma inaudita se exige, incluso, que el gobierno federal evite el armamento nuclear de las fuerzas americanas estacionadas en su territorio.

No obstante, esta función nuclear es esencial para la defensa, aunque no llegue a serlo en los términos absolutos que propugnan las ideas del inglés MacMillan "las fuerzas militares no están concebidas para hacer la guerra, sino para impedirla". Estas ideas parecen apropiadas al "ejército de choque", pero se hace imprescindible en el "ejército de protección". Otra vez la espada y el escudo. Este escudo tiene todavía muchas quiebras en su sistema europeo, así lo ha expuesto el Comité de Defensa de la Unión Europea Occidental, reunido en Estrasburgo el día 5 de mayo, analizando qué fuerzas se estiman un mínimo para la seguridad, y sobre todo qué adaptaciones logísticas deben efectuarse para lograr la eficacia del moderno montaje defensivo.

En estos estudios se ha llegado a la conclusión de que no es posible rebajar el número de 30 divisiones para la garantía del frente europeo, dotadas de armamento atómico y al completo de sus fuerzas; sin las unidades exhaustas de efectivos franceses y británicos, debiendo unificarse en su composición, y lógicamente los medios de abastecimiento y servicios de transporte. La batalla defensiva, según el informe del General Waluy, tendrá carácter elástico a lo largo de los tres corredores geográficos que el macizo de Eiffel y la Selva Negra, la llanura alemana costera, los valles del Maine, del Necker y del Danubio. Tal planteamiento estratégico en cierto modo supone la vuelta a las primeras fórmulas del General Gruenther, y la renuncia a la batalla tenaz en el mismo telón de acero, que durante dos años pareció la fórmula más apropiada, posiblemente para tranquilizar políticamente a Alemania, sobre las garantías territoriales de su suelo.

Sin embargo se admite que esta elasticidad tratará de abreviarse en el espacio, conforme aumenten con el tiempo los medios disponibles; efectivas y reales, hoy sólo existen 14 divisiones en la Europa Central (cinco americanas, dos francesas, cuatro inglesas y tres del Benelux), porque tres alemanas se hallan todavía en período de instrucción. Ahora bien, ¿en esas 30 divisiones, que también preconiza el General Nordtad, se engloban la espada y el escudo de la N. A. T. O.?, ¿o es tan sólo la espada, y se renuncia para los ejércitos nacionales de tipo convencional la misión de servir de escudo?

Resolver esta crisis sería tanto como aclarar todas las dudas de los profesionales, a que hace referencia la orden dada a los técnicos para que informen el próximo verano. Esperar más tiempo podría ser peligroso, porque, como ha dicho el representante belga Spaak, los soviets trabajan para obtener un absoluto monopolio nuclear.

En la estructura de aquellas fuerzas, mientras Alemania se inclina por su total mecanización con extrema movilidad en sus unidades, Inglaterra, olvidándose que es la creadora de la doctrina acorazada, propugna las fuerzas estáticas a pie, basándose en el poder destructor del fuego atómico. En resumen, parece afirmarse la tendencia a crear divisiones dotadas con recursos totalmente dispares para las misiones agresoras o para las acciones de defensa. La famosa división pentatómica americana será el elemento ofensivo de choque. La espada que penetra ofensivamente o contraataca sobre esas canalizaciones enunciadas en la idea del General Waluy. En cambio el escudo, más estático, se

apoyará en la dispersión profunda y en la acción del fuego nuclear; pues parece fuera de discusión, lo mismo por razones técnicas en los efectos térmicos y radiactivos residuales de las armas atómicas, como también por las razones tácticas que obligan a concentrarse para atacar, aunque sea en breves instantes, que las armas nucleares tácticas representan ventajas para la defensa sobre la ofensa. Y ésta podría ser la causa de esa intranquilidad soviética por la dosificación atómica de los ejércitos de la N. A. T. O., que Rusia pretende, a todo trance, se conserve dentro de los límites clásicos, que le darían a su Ejército la absoluta superioridad.

En esta misma línea, Rusia no busca la guerra total en la que ha adquirido el convencimiento de sus riesgos, y busca en cambio las guerras de infiltración limitada; contra esta modalidad ya se habla también de un tercer tipo de Divisiones del Interior, especie de guerrillas, pero no contra los movimientos de resistencia que combate frente a ejércitos regulares de invasión, sino, al contrario, Unidades de contra-guerrilla, divisiones de Infantería, que no estarán mecanizadas y que su capacidad de movimiento la lograrán más por la ligereza de su equipo que por los medios de transporte; igual en el infante que en las unidades de Artillería; serían las Divisiones de Contragolpe con formaciones muy diluídas, pero actuando no como Policía, sino como verdaderas grandes Unidades.

Toda esta orgánica será precisa porque el desarme resulta cada vez más utópico; MacMillan, por señalar a un político del país que hasta hace poco tiempo era el más coexistente, ha dicho en los Comunes "las últimas propuestas soviéticas sobre prohibición de las experiencias nucleares, no tienen ninguna de las garantías que consideramos necesarias". Esto no impide que Eisenhower las admita en el Comité de Desarme, y que se estudien sus proyectos de "cielo abierto", aunque esta tardía aceptación de la tesis americana se haya producido con tales limitaciones que hacen inaceptable la fórmula.

A fines del pasado año, Rusia ofreció la neutralización de dos zonas de 800 kilómetros de profundidad a uno y otro lado del telón de acero; maniobra falsa porque dejaba al descubierto toda la Europa Occidental, mientras los rusos mostraban únicamente la faja satélite. Ahora, en una actuación semejante, brinda a la observación aérea espacios de igual profundidad geográfica; extensiones iguales a los dos

lados de Bering y del Pacífico; el Este siberiano contra Alaska y el Continente Norteamericano; en resumen toda la zona vital Estadounidense, por sólo una tercera parte del espacio ruso.

Pero en el programa del "cielo abierto no se trata de zonas ni extensiones, sino de lo que hay en ellas, tal ha sido el comentario en Washington; ¡mientras la observación no sea plena y sin reservas, todo será ficticio e ineficaz! No obstante, el hecho de que esta tónica haya sido aceptado a remolque del proyecto occidental, porque siempre había llevado la iniciativa, denota, como ha señalado Selvin Lloyd, "una acusada preocupación soviética por la cohesión del Oeste". Si se confirmara, sería el mayor mérito de la N. A. T. O. en su última reunión de Bonn.

MIGUEL CUARTERO LARREA